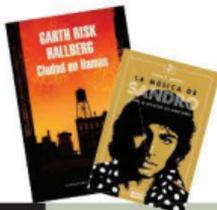


WALTER LEZCANO

Literatura
rockera



Página 2

JAVIER CHIABRANDO

Escríbelo de
nuevo, Sam

Página 3



JUAN MAISONNAVE

Pacto con
el diablo

Página 4

télam
AGENCIA NACIONAL
DE NOTICIAS

SLT

WWW.TELAM.COM.AR

SUPLEMENTO LITERARIO TÉLAM | REPORTE NACIONAL

AÑO 6 | NÚMERO 276 | JUEVES 16 DE MARZO DE 2017

Música para tus ojos

Los libros
sobre géneros
musicales,
los músicos
escritores y
biografías de
músicos se suman
a la literatura
para darle un
ritmo diferente.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Pinturas, fotografías, instalaciones, obras cinéticas y luminicas, esculturas, videos e instalaciones en sitios especificos, se encuentran dispuestos por toda la superficie del museo. La muestra "Pensar en abstracto", compuesta por 50 obras que proponen reflexionar sobre el arte y su contexto desde una mirada abierta y alejada de solemnidades, abrió hoy la temporada 2017 del Museo de

Arte Contemporáneo de Buenos Aires (Macba), la primera actividad que se realiza bajo la nueva dirección del museo, a cargo Jimena Ferrario. Pinturas, fotografías, instalaciones, obras cinéticas y luminicas, esculturas, videos y site-specifics dispuestos por toda la superficie del museo—desde la fachada virada a los interiores de concreto—dialogan entre sí bajo la curaduría de Rodrigo Alonso.



Literatura rockera



→ WALTER LEZCANO

Algunos textos nos llevan a pensar en la música como algo más que un simple divertimento. Se trata en verdad de uno de los elementos vitales que configuran la educación sentimental de nuestra humanidad.

En la novela *Ciudad en llamas*, el excelente debut de más de mil páginas del escritor norteamericano Garth Risk Hallberg, se retrata de forma extraordinaria la ciudad de Nueva York de fines de 1976 cuando el punk estaba naciendo gracias a los Ramones y, por su parte, Patti Smith comenzaba a mostrar los primeros destellos de su arte. En un momento, una de las protagonistas, la adolescente Samanta Cicciotta, escribe en su propio fanzine: "Me pregunto qué pasaría si comenzáramos a pensar en unidades mayores. Como si un colectivo no fuera lo que va después del individuo, sino lo que lo precede. Lo que hace posible al individuo. ¿Y si pudiéramos definir "disfrutar de absoluta libertad" de un modo más colectivo"? ¿Es posible? No lo sé, pero la alternativa actual parece indicar que el imperio mismo del yo ha infectado nuestra pequeña especie". Esta clase de peculiaridades de verdad posibles en una juventud de ese entonces si no fuera por el *rock* que daban las nuevas concepciones ideológicas que arrastraba en su núcleo duro el punk. Y es comprensible

porque la música cuando logra revolucionar vidas se convierte en uno de los grandes motores de cambio que a veces suceden en la historia contemporánea, sean o no percibidos por los grandes medios. Esto lo vio muy bien Garth Risk Hallberg en *Ciudad en llamas*, unos años antes también lo hizo Michael Chabon en la maravillosa *Telegraph Avenue*, y ahora mismo la gran escritora francesa Virginie Despentes lo demuestra en *Vernon Subutex 1* (Literatura Random House), donde el protagonista, Vernon, debe cerrar la disquería que tuvo toda su vida, porque ya nadie compra discos, y comienza un derrotero existencial que le da sentido y fuerza a lo que pasa en la novela.

Esta clase de textos de ficción nos llevan a pensar en la música como algo más que un simple divertimento, distracción o en un decorado de fondo o en una escenografía a la que se percibe como un eco lejano. La música, del estilo que fuera, constituye uno de los elementos vitales que configuran la educación sentimental de nuestra humanidad. Es por eso que cuando se estudia seriamente los movimientos musicales o a determinados artistas lo que se termina leyendo es un tratado sociológico, económico y cultural de un período determinado. Son ensayos o biografías que ayudan a comprender, al fin y al cabo, el funcionamiento de una porción importante de la sociedad.

En el fabuloso ensayo *En contra de la música, hervimientos para pensar, comprender y vivir las músicas* (Gourmet musical), Julio Mendivil dice: "¿Qué es la música? Tengo la convicción de que no se trata de una actividad humana provista de un valor intrínseco y universal, de que los significados que le adjudicamos son el resultado de procesos históricos y culturales específicos, cuando no derivaciones particulares de historias de vida. Pero también es un modo de ampliarlo lo que decimos antes, que la música contiene en su centro neurálgico la información vital para entender la vida y los tiem-

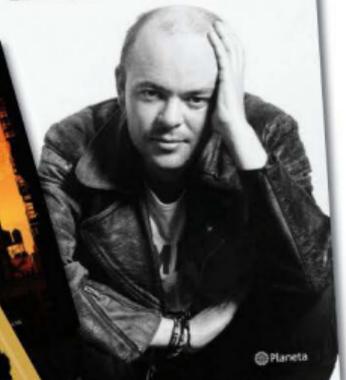
pos que nos toca vivir en suerte. Y mucho de eso está presente en *La música de Sandro, cómo se hicieron sus canciones* (Gourmet Musical) de Pablo S. Alonso.

Como héroe popular que conmovió a todas las clases sociales argentinas pero también contaba con una sólida proyección internacional (llegó a actuar en el Madi-



son Square Garden), la historia de Sandro está íntimamente relacionada con el desarrollo social de las últimas décadas del siglo XX en Argentina. Ya sea para explicar las condiciones económicas y biográficas que se conjugaron para que alguien de clase media baja pudiera acceder al territorio musical y llegar a lo más alto, como para comprender el accionar de la industria musical y su injerencia en el posicionamiento a la hora de construir una carrera que conmovió multitudes. Sandro no sólo compuso grandes canciones, sino que también realizó un trabajo para darle credibilidad artística a su obra. Lo que ocurrió sobre el final de carrera. "La posición de Sandro dentro del rock argentino es una de tantas intersecciones marcadas a lo largo de

Oscar Jalil
Luca Prodan
Libertad divino tesoro



más de cuatro décadas de carrera.

De hecho, como autor e intérprete, Sandro transitó tantos géneros de la música popular, que allí radica uno de sus atractivos como sujeto de estudio", escribe Alonso en el libro.

En ese mismo camino de apertura y rigurosidad histórica acaba de aparecer la reedición de un muy buen texto: *Discípulo, una biografía argentina* (Planeta) de Sergio Pujol, que ya había hecho algo similar en *Oscar Alemán, la guitarra embrojada*. La figura de Enrique Santos Discipolo excede cualquier tipo de categorización simple: escritor, compositor, actor, director de cine, entre otras formas que tenía de intervenir la realidad. Pero su relevancia, absolutamente actual como lo demuestra su tango *Yira Yira*, pasa por haber conjugado en su vida de artista la

esencia del ser nacional. Leer la vida de Discipolo es ingresar a una parte importante del tesoro nacional y un tipo de lenguaje que se sostiene hasta hoy.

Es por eso que también cobra importancia la lectura de otra biografía, en este caso de un rockero italiano: *Luca Prodan, Libertad divino tesoro* (Planeta) de Oscar Jalil. Es un relato coral fantástico y exhaustivo que persigue a un personaje fascinante desde Europa hasta terminar en nuestro país donde encontró la gloria y la muerte. Y en ese recorrido se juega la comprensión de los ochenta como antídoto contra las represiones profundas que habían dejado la última dictadura militar.

Los libros que tienen a la música como eje central y cuando la mesa de novedades y ya están formando una nueva tradición dentro de la literatura argentina. Como dice Julio Mendivil en su libro: "Siendo la más habitual, la música es la más idiosincrásica de las artes".

La Dirección General de El Cultural San Martín extendió la convocatoria para recibir proyectos destinados a sus distintos ciclos y espacios expositivos, que serán exhibidos a lo largo de este año. La misma, que realiza este centro cultural porteño, está dirigida a artistas visuales que utilicen cualquier tipo de lenguaje artístico: instalación, fotografía, pintura, video arte,

dibujo, escultura, performance o cualquier técnica que mezcle estos u otros lenguajes entre sí. Los proyectos serán recibidos hasta el 15 de marzo y entre el 16 y el 22 de marzo de este año se realizará la selección de los proyectos, mientras que el 23 de marzo se informará por mail a los participantes que hayan sido seleccionados.



Escríbelo de nuevo, Sam



→ JAVIER CHABRANDÓ

Las editoriales han optado por llevar al mercado varios libros relacionados con la música y sus figuras, un símbolo del fuerte vínculo con la literatura.

Si algo le faltaba al mundo de los libros sobre música era que un músico ganara el Nobel. Y ya sucedió. Ahora es cuestión de ir a una estantería sobre el tema y elegir. Eso sí, hay que armarse de paciencia, porque hay biografías, crónicas, análisis de vidas, de obras, músicos poetas y novelistas, los que cuentan su vida, anecdóticas de giras, libros sobre los portamonedas de la grabación de discos, autores rescatados del olvido y un largo etcétera que incluye la premiada poesía de Dylan. Si a eso le sumamos que la música, más que casi cualquier otra co-

sa, ha trascendido las fronteras geográficas hasta hacer que todo entre en el universo de lo posible, ya nada puede sorprendernos, ni siquiera que libros sobre Facundo Cabral y Gustavo Ceratti lleguen a ser los más vendidos en... Venezuela.

Pero bueno, tiene sentido. Qué melómano no desearía asomarse por un instante al mundo creativo de sus ídolos. Deseo que incluso puede contener una cuota de morbo, sobre todo si a uno lo dejan asomarse al mundo patas para arriba de Daniel Johnston, por ejemplo. Y para eso, Daniel escribió *Daniel Johnston por Daniel Johnston*, donde ejercita como puede su locura y además compila una buena cantidad de dibujos y obras. Y si ese mismo ya no está entre nosotros, no hay que perder las esperanzas ni tragarse el morbo. Siempre habrá una opción, como la que nos propone David Foenkinos en *Lennon*, un libro escrito en primera persona, como si el propio John nos hablara.

Julián Viñuales, creador de *Global Rhythm*, hoy editor de Malpaso, cree que esos libros llaman la atención por el "creciente voyeurismo que se propaga cada vez entre las huestes de curiosos". Por eso ha apostado a la historia de Frank Zappa, la autobiografía de Johnny Ramone y las memorias de Pete Townshend. Como era lógico, otras editoriales, grandes y no tanto, se sumaron a la moda.

En una nota al diario *La Nación*, Mariano Valerio, de la edi-

torial Planeta y ex editor de *Las Jirafas*, dice que los compositores de estos libros "tienen más de cuarenta años y les pega la añoranza". Juan Ignacio Bosoldo, de Penguin Random House, también en La Nación, dice que "el rock, desde hace unos cuantos años, inevitablemente está en un período de memoria y balance", y que ese fenómeno empezó en el exterior con las autobiografías y memorias de personajes como Paul McCartney, Keith Richards y Bob Dylan". Lengua de Trapo no se quedó atrás y editó libros sobre la gestación de discos claves de la música pop española: Mecaño, Bunbury, Enrique Morente, además de uno sobre *Homestead brutal*, libro de Darío Manrique.

Así llegamos a casa. Asomémonos entonces a la interioridad de algunos de nuestros próceres musicales, en este caso de la mano de ellos mismos. Charly García editó *Líneas paralelas*, un diario de viaje sin orden de lectura, donde vuelca colores, collage, textos terrestres y no tanto. Otro que nos hace conocer sus relatos, aforismos, ensayos y reseñas de su día a día, es Andrés Calamaro, que desde hace un tiempo se ha propuesto escribir veinte renglones todos los días y acaba de editar *Paracaidas y vueltas*. Bajo el título *Diario de viaje*, y con el subtítulo *Algunas confesiones y anécdotas*, Fito Páez compiló el 2015. Pero Fito ya había encaminado su pasión por la escritura con la novela *La Pata Diabla*, recientemente reeditada.

Lo de los escritores novelistas no es nuevo. Tenemos a Nick Cave, con la celebrada *Y el amor vino al ángel*, entre otros. Leonard Cohen, que recibió en 2011 el Premio Príncipe de Asturias de las Letras, es autor de libros de poesía y de *Las bermudas vendidas*, de 1966, considerada una de las más importantes novelas canadienses. Hugh Laurie, o sea el doctor House, en 1996 dio a conocer su primera novela, *The gun seller*, editada en Argentina por Planeta como *El vendedor de armas*.

Sin ir tan lejos, y sin que sea necesario apelar a músicos de culto, están Víctor Heredia, que tiene varios libros editados, y ha sido finalista de importantes premios, José Luis Perales, autor de la novela *La melodía del tiempo*, y Luis Aguilé, dos veces finalista del Premio Planeta.

Queda mucho por tocar, Sam. Es tan rico y variado el mundo de los libros que hablan de músicos y músicos que habría que escribir un libro para mencionarlos a todos. Cómo dejar afuera *Empacar de cero*, de Juni Hendrix, que no fue escrito por Juni sino por el cineasta Peter Neal, que reunió la opinión del músico de Seattle desperdigada en diarios, entrevistas, y papeles sueltos.

Imposible a esta altura no dejar caer tres recomendaciones a toda orquesta: *Miles*, la autobiografía, escrita con la colaboración de Quincy Troupe, y el inigualable *Los Beatles. Una biografía confidencial*, escrita por Peter Brown y Steven Gaines, salidos del rítmico mis-

mo del grupo, o sea un libro repleto de chismes de la boca del caballo, como quién dice. Y si quiere enterarse qué es el jazz, vaya sin dudar a *El Jazz: de Nueva Orleans al jazz rock*, de Joachim Ernst Berendt.

Hay más, claro, mucho más: libros sobre óperas y sus respectivos libretos, sobre los grandes de la historia clásica, historia de los orígenes de la música, los que analizan las letras que sabemos todos, los que rescatan músicos algo olvidados como hace Sergio Pujol con el gran Oscar Alemán y una gran coda que incluye numerosas biografías sobre Elvis, Curt Cobain, Chuck Berry, los Rolling y el bueno de Bob Dylan.

Pero tanto glamour y fama tiene que tener su contracara. Como esa Pamela des Barres, conocida como la reina de las groups, desnuda (nunca mejor dicho) en *Soy parte de la banda*, las intimidades de grandes estrellas del rock, que según ella, fueron ocasionales compañeros de cama: Jim Morrison, Jimmy Page y Mick Jagger.

Y para cerrar y no quedarnos con la sensación de que en este universo todo es baile, nos remitimos a quienes se resisten a la nostalgia y a ser simples groups, como Carl Wilson, que escribió *Mi vida de mierda*, un libro para hablar mal de Céline Dion, como si hiciera falta.



BOB DYLAN

Archivo Histórico de las Artes Argentinas www.arte.com.ar

La exposición "Objeto móvil recomendado a las familias" que se puede visitar hasta el 29 de abril en el Espacio de Arte de la Fundación Osde, una propuesta curada por Santiago Villanueva que reúne más de 60 obras de artistas argentinos de variadas generaciones. Un pequeño acrílico sobre tela de la artista Fernanda Laguna, "Paisaje surrealista", de 1994, que emula exactamente el paisaje

de una famosa pintura de Salvador Dalí, uno de los máximos representantes del surrealismo. "La idea de esta muestra fue pensar en una hipótesis sobre el surrealismo a raíz del Grupo Orion. Ellos intentaron traer el surrealismo francés a la Argentina, en 1939 ese proyecto duró pocos años, y luego como no tuvo éxito, abandonaron cualquier imagen surrealista.



CONTRATAPA

→ JUAN MASONNAVE

Pacto con el diablo

Detrás del Doktor Faustus, de Thomas Mann, se esconde una polémica trama de vanidades y secretos, una novela dentro de la novela. Dedicado a la música y los compositores que el premio Nobel amaba, el libro no hubiera sido posible sin una ayuda de sus amigos.

Los Ángeles, 1943. Una blanda luz entraba por las frentes de mansiones modernistas alzadas entre palmeras en el suburbio costero de Pacific Palisades, la "Weimar del Oeste". El apodo se debe a que por entonces el barrio había sido tomado por un notable grupo de artistas e intelectuales alemanes, fugados del nazismo. Bertolt Brecht, Alfred Döblin, Mary Reinhardt, Alma Mahler, y siguen los nombres. Una noche, el filósofo Max Horkheimer y su señora invitan a algunos compatriotas a cenar. Entre ellos está Thomas Mann. Bigote cepillo y grandes orejas puntiagudas, peinado al agua estilo lamida de casa, vestido con elegante traje blanco y moño, el autor de *La montaña mágica* se sienta a la mesa junto a un ignoto filósofo, un joven apocado de unos 40 años (Mann tiene 68 y un Nobel en su repisa). En la primera de cambio, el joven le declara su absoluta admiración. Incluso confiesa haberlo perseguido durante un tiempo pasado sin atreverse a hablarle, un día en un momento en el que casualidad los dos vacacionaban en Kampen. Por eso ahora, 20 años más tarde, tenerlo allí a su la-

do era un "fragmento de utopía realizada". Imaginamos a Mann preguntándole: Disculpe, ¿cómo dijo que era su nombre? Y el otro respondiéndole: Adorno, Theodor Adorno.

A partir de este encuentro en el exilio californiano, comenzaría una colaboración fructífera y peculiar entre ambos, documentada durante el período 1943-1955 y plasmada en el libro que Thomas Mann se encontraba escribiendo en esa época: *Doktor Faustus. Vida del compositor Adrián Leverkühn narrada por un amigo*. Mann vio en el sumiso Adorno una grandiosa oportunidad para su novela. Es que el joven de Frankfurt, se enteró el premio Nobel en la cenra, no sólo era doctor en filosofía, sino que había estudiado piano y composición (nada menos que con Alban Berg). Y el texto de Mann precisaba lo que Adorno tenía: una filosofía de la música. Su personaje debía ser rabiosamente moderno, un destacado representante de la música contemporánea, de la que Mann entendía más bien poco. ¡Qué mejor *ghost writer* que Adorno!

Pues bien, la novela de Thomas Mann, que retoma el argumento del pacto faustico, demandó a su vez otro, también un tanto espúrio, para consumarse. Adorno trabajó mucho y en las semanas, como un mono con piletes. Sus pasajes, le explicó Mann, serían sometidos al principio de montaje, técnica ya utilizada por él en otras obras que consistía lisa y llanamente en apropiarse de fragmentos ajenos y hacerlos pasar por propios borrarlos los bordes, de modo que el lector culto detectara la real autoría, o al menos experimentara una sensación de familiaridad, una dulce coquilleja a su inteligencia.

Claro que el principio de montaje de fragmentos ajenos con Shakespeare o Goethe o Kierkegaard. Pero, fuera de un reducido grupo de intelectuales de Frankfurt, ¿quién conocía la



THOMAS MANN ESCRITOR ALEMÁN NACIONALIZADO ESTADOUNIDENSE (1875 - 1956)

Filosofía de la nueva música, de Adorno, en 1945? En una de las cartas, para zanjar la cuestión de que nadie se enteraría que detrás del genio musical de Adrián Leverkühn -personaje central del libro- estaba la prosa de Adorno, Mann dice que sólo la posteridad podría hacerle justicia a su colaboración. Aunque por las dudas le aclara: "si la hay". Cuando se publicó *Doktor Faustus*, en 1947, Adorno recibió un ejemplar dedicado por Mann: "A mi consejero secreto".

Con el tiempo, Mann reconoció la enorme ayuda que Adorno le había dado. Aunque le agradecía de maneras muy particulares. Por ejemplo, le enviaba artículos especializados en los que, a propósito de la novela, elogiaban los fabulosos conocimientos musicales de... Thomas Mann. Por su parte, Adorno, como la mujer de Tolstói, que copió siete veces el manuscrito de *Anna Karenina* y reclamaba su propiedad intelectual, había comenzado a creer que era tan autor del *Doktor Faustus* como el propio Mann. A él razones no le faltaban. Las vanidades comen-

zaron a entrar en fricción. Las cartas se espaciaron.

Opulenta novela de iniciación (*Bildungsroman*), *Doktor Faustus* cuenta la biografía de un artista torturado que sueña con ser el mejor compositor de su tiempo. Es también un estudio sesudo y apasionado de la Historia de la música que indaga en las obras de los grandes compositores, en las formas clásicas y en las rupturas de estas formas, como sucede con el fin de la sonata. Beethoven, dice el maestro Kretzschmar en la novela, decidió no añadir un tercer tiempo en su sonata op. 111. "La sonata terminaba aquí, había sido conducida a su término, había llenado su destino y alcanzado su meta, se elevaba y se disolvía -se despedía, en fin-". ¿Quién opinaba así? ¿Mann o Adorno? Sobre Wagner: "Inteligente en grado sumo, supo unificar el mito de la música y el mito del Mundo, y al ligar la música a las cosas del mundo exterior y estas, a su vez, a la música, Wagner fue un agente de sensorialidad simultánea". ¿Adorno? ¿Mann?

Gracias a un pacto con el Meffistófeles de turno -"Un Vagabundo. Con la voz y la articulación de un actor"- Adrian Lever-

kühn lo logra: será en la ficción el inventor de la técnica dodecafonía. Que, como es sabido, para la época en que la novela fue publicada ya existía -aunque no había alcanzado aún gran popularidad- y tenía un claro padre: el compositor vienés Arnold Schoenberg.

No fue tan benévolo Schoenberg con Mann como lo había sido Adorno. Crítico duramente la novela, dijo que el personaje creado por el autor de *Muerte en Venecia* no sabía nada de técnica dodecafonía, y que lo poco que entendía su autor del asunto se lo había enseñado Adorno. Para evitar demanda por plagio, Mann admitió la propiedad intelectual del dodecafonismo e insertó una nota en su *Doktor Faustus*. En las cartas de ese tiempo, el premio Nobel dice: "En el futuro, por deseo de Schoenberg, el libro habrá de llevar un epílogo...". No hace falta leer entre líneas para advertir en ese "por deseo" el desgano con que accedió a la aclaratoria. Hasta el momento de su muerte, Adorno en la primera página, Schoenberg murió sin perdonar la ofensa. Adorno regresó Alemania. Después de rechazar varias ofertas para volver a su país, Thomas Mann se instaló en Zúrich, donde comenzó otro exilio y otra novela.